



Foto: Ángel Vega

SOMOS COMO BARCAS BOGANDO EL RÍO DE LO INFINITO

Ángel Vega¹

DOI: 10.19136/Cz.a17n34.647

Aquella noche, en medio del círculo espiritista convocado en su residencia, ubicada junto a la oficina del Telégrafo de la vieja San Juan Bautista, doña Mariquita Zapata de Correa creyó escuchar una voz cavernosa y lejana que confundió con la de un ser descarnado. En el ambiente flotaba

un resabio a esencias amargas que emanaba del chisporroteo de las velas, y contra los ventanales de la casona resoplaban los vientos agonizantes de un febrero excepcionalmente lluvioso: la húmeda canción del trópico.

“Las cámaras fotográficas y los

¹ Nació en la Ciudad de México. Egresado de Etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Es periodista y novelista.

revólveres son los únicos objetos mundanos capaces de detener el tiempo”, fueron las palabras que resonaron dentro de la habitación, con un tono grave, semejante al rumor desahuciado de los barcos sin rumbo. Y en lo más recóndito de su trance, mitad fingido y mitad real, la médium primeriza creyó que esa era la respuesta a una incógnita que, sin tregua, atenazaba desde hacía varios meses su corazón atormentado.

Doña Mariquita era una dama de su época. Madura, de un porte adusto e imponente, iba siempre arropada de sedas y encajes negros, pese a no estar guardando luto alguno, y apenas sin inmutarse por el calorón infernal de la marisma. Incluso durante las festividades, llevaba la cabeza cubierta por un velo fúnebre a la usanza europea que, ya por entonces, en las grandes urbes de México y el mundo comenzaba a considerarse un tanto demodé. Era, a la vez que una fiel creyente de las doctrinas filosóficas de Alan Kardec, una poetisa consumada y una institutriz severa. Como directora fundadora del Instituto Melchor Ocampo, había logrado traer a la capital de Tabasco las mayores innovaciones en materia pedagógica, además de mantener siempre en alto el prestigio académico y moral de sus educandos mediante el orden irrestricto y la disciplina contumaz. Los alumnos que estudiaban bajo su tutela eran considerados los mejores del sureste del país, y muchos de ellos habían tenido la fortuna de participar en intercambios con escuelas del viejo continente, atravesando el Atlántico para perfeccionar sus estudios en internados de Francia e Inglaterra. O bien, como la gente de aquel rincón selvático solía decir, a modo de chanza mordaz: “bajo el fuste de doña esa, hasta un indio de ranchería se hace vizconde”.

Era gracias a esos logros academicistas y por el abolengo heredado de una estirpe que se remontaba a la fundación de Santa María

de la Victoria, uno de los tantos nombres que había tenido San Juan Bautista en su larga y calamitosa historia, que la matrona se consideraba la mejor exponente de una ilustre aristocracia provinciana. En su árbol genealógico, lo mismo figuraban insignes jefes políticos, descendientes de filibusteros españoles y portugueses, “tenedores de libros”, como se llamaba a los contadores públicos, así como dueños de plantaciones bananeras y empresarios de líneas de transportes. Entre su parentela, incluso, estaban los fundadores de la Segunda Compañía de Tranvías, aquellos armatostes que corrían desde la quinta Casa Blanca, propiedad del docto y científico don José Narciso Roviroso, hasta el lúgubre puente de la calle Zaragoza.

Y era precisamente, gracias a la sabiduría de los espíritus que según ella habitaban en el torrente de su sangre ancestral, que la dama convertida en nigromante se daba licencia para escrutar los veneros del Más Allá. Para ello, utilizaba los más fantásticos artefactos, mismos que hacía embarcar desde Europa, y que eran recibidos en el puerto de Frontera, pagando por ellos portes aduanales de auténtica locura. Entre sus más recientes adquisiciones, llegadas a San Juan Bautista en el legendario vapor Lumijá, se contaban: una tabla ouija de fina marquetería, la cual estrenaba la noche misma de aquellos presagios; una libreta para la escritura automática; una mesa danzarina tallada de una sola pieza de madera de acacia, destinada a las invocaciones; una cámara de fuele provista de placas de cristal de yodo para la fotografía de espíritus, y un pequeño revólver abastecido con balas de plata para defenderse de los improbables ataques de licántropos, vampiros, brujas y otras entidades preternaturales.

Lo cierto es que, durante la sesión en curso, la ouija le había dictado a doña



Foto: Ángel Vega

Mariquita algunas frases que en ese momento parecían estar repletas de sentido, pero que más tarde le sonaron como ingenuos aforismos, o bocetos del fantasma de un poeta malogrado, atrapado entre esta vida y la otra:

“La muerte es torrente de oscuridades, río de sombras; y el tiempo, el oleaje de lo inconmensurable”; “Provienes, tenue mujer, del polvo de sonrisas marchitas, de caricias errantes”; “En sólo uno de tus besos, caben todos los besos que se han dado y se darán, en este o en el Otro Mundo”.

Pese a su insistencia por tratar de hallar en lo inefable la luz que la simple razón diurna le negaba, a ella le atemorizaba relacionar aquellas sentencias provenientes del mundo de los muertos con la penosa situación que le atravesaba como un hierro candente su alma de madre: el catastrófico enamoramiento del menor de sus tres hijos.

Armando Correa Zapata, el benjamín de la familia, era un joven audaz. No era guapo a la manera de los efebos del arte clásico, sino más bien del tipo rudo, como los héroes de las novelas de folletín. Gozaba de buen porte y estatura, lo que le confería un aspecto varonil que no pasaba desapercibido a las miradas femeninas. Llevaba el cabello largo y casi siempre amarrado en una coleta de torero, hecho por el cual era reñido, más de broma que en serio, por su estricta madre. Tenía algo de poeta trágico, como ella, y tal vez era por eso que la matrona se identificaba con sus andanzas románticas, perdonando la mayoría de los deslices que al resto de sus alumnos les habría costado la inmediata expulsión del Instituto.

Doña Mariquita deseaba que Armando contrajera nupcias con la rica señorita Ángela Payró, cuya familia era propietaria de la llamada Casa de Piedra, y cuya dote se consideraba la mejor de todas las ofertadas en la comarca. Su herencia incluía un par de haciendas plataneras en Teapa, un bosquecillo de maderas preciosas en Balancán, un enorme hato ganadero en Montecristo, e incluso la fuerza laboral de tres docenas de jornaleros que, dadas sus pésimas condiciones de vida, casi podrían considerarse esclavos. Pero esa misma noche, mientras su madre invocaba a los espíritus en busca de la respuesta a sus apremios, el joven Armando sólo tenía cabeza para pensar, desde su lecho embebido en miel, en la belleza de la joven Josefina Pannier.

Josefina Pannier era huérfana de padre y madre; hija del inmigrante francés don Francisco Pannier y de la señora

Nicolasa Medina, oriunda de la Villa de Guadalupe de Frontera, el galo era conocido en San Juan Bautista por ser viudo en dos ocasiones. Para nadie era un secreto que el extranjero se había casado con la madre “in artículo mortis”, para poder legar a la niña el reconocimiento de “legítima” por parte de la ley de Dios y de los hombres.

En su momento, el padre también se había ocupado de no dejarla en el desamparo, y antes de su muerte, tomó las provisiones económicas necesarias para hacer de ella una atractiva opción como joven casadera. Ella nunca había tenido novio, y desde su presentación ante la sociedad criolla, Josefina era llamada por el resto de las adolescentes de su generación “la niña de los tres quince: quince años de edad, quince mil pesos de dote y quince pretendientes”. Ahora tenía ya 17 años, y sin embargo, ni siquiera su desahogada posición pesaba lo suficiente para ser considerada candidata viable al matrimonio con el joven Armando.

Y es que, luego del fallecimiento de don Francisco, la joven Pannier ingresó al Instituto Ocampo proveniente del “Colegio María” de las monjas de la Orden del Salvador, localizado en la calle de Iturbide, y desde el principio fue recibida con reticencia por no pertenecer a las altas clases ni llevar un apellido ilustre. Por el contrario, ser hija de un francés siempre le valió cierto repudio, debido a que apenas dos décadas antes, los invasores habían sido expulsados de Tabasco por las huestes del coronel Gregorio Méndez Magaña, quien doblegó a los galos en la batalla de El Jahuactal al frente de un puñado de combatientes descalzos, muchos de los cuales no hablaban castellano, y que el día de la reyerta estaban apenas alimentados con pozol, chile y tortillas.

El amor los había cogido desprevenidos un año antes, durante las fiestas del carnaval de San Juan Bautista, cuando Josefina Pannier se unió a la comparsa de señoritas que desfilaron a bordo del “carrus navalis” a la usanza veneciana, ocultando sus rostros bajo antifaces. Sobre una panga de troncos a la que los artesanos madereros le habían dado la forma de un pochitoque, la chica y el resto de las colegialas remontaron el cauce del río Grijalva rodeadas por un cortejo de cayucos colmados de flores blancas. Al joven Armando, por su parte y en tierra firme, le correspondió interpretar junto con los de su pandilla la “danza del caballito blanco”, antiguo ritual que conmemoraba la colonización de los pueblos originarios por los conquistadores españoles, quienes montados en sus cabalgaduras, eran confundidos con seres mitológicos, mezcla de bestias y humanos. Naturalmente, Armando hacía el papel de conquistador, aunque más bien parecía una caricatura. Se había pegado una barba y un bigote falsos; acorazado el gallardo pecho por una armadura de oropel, blandía una alabarda de utilería en la diestra, al tiempo que montaba un caballo de palo.



Foto: Ángel Vega

En tanto, el resto de los muchachos de su grupo se disfrazaron de indios Yokotanes que, amenazantes, empuñaban machetes verdaderos y tocaban tambores hechos de conchas de tortuga.

Era la primera vez que Josefina participaba en un desfile. Lejos de sentir fascinación por los disfraces enloquecidos de las carnestolendas, la joven, al igual que sus compañeras del Instituto, había optado por usar el traje típico de la región, que constaba de una falda amplia de percal, olanes bordados de tulipanes, un guardapolvos y dos capas de fustanes que cubrían hasta el tobillo sus gráciles piernas de ninfa. La blusa de manta dejaba ver un par de hombros finamente tostados por el sol despiadado de aquellas latitudes, y en la cabeza de diosa griega lucía un tocado que, pese a su corta edad, le daba un aire sofisticado, de mujer emancipada y moderna.

Armando la había visto ya un par de veces caminando en los pasillos del Instituto, en otras fachas, llevando la cabeza baja, un

ejemplar de “La dama de las camelias” entre las manos, y el rostro medio cubierto por un sombrero de huérfana. Él, arrogante como se mostraba en su condición de hijo de la directora y líder de su palomilla de ingenuos rufianes, y por la simple soberbia de no sucumbir frente a todos ante una hermosura que rayaba en lo angelical, ni siquiera se tomaba la molestia de ofrecerle el saludo.

Se conocían desde niños, en realidad. Habían aprendido a gatear sobre los petates del único colegio de párvulos que existía, y sus institutrices los mecieron en hamacas guindadas de los mismos horcones solariegos para espantarles las moscas y el sofoco de la canícula. Ya más crecidos, se confabulaban para hacer travesuras juntos y participar en todas las correrías de la chamacada: se comieron a escondidas los dulces de la ofrenda del Día de Muertos; estrellaron huevos rellenos de confeti en sus respectivas cabezas, cargaron a los Peregrinos en las posadas, rompieron piñatas que bajo el cielo sanjuanino se hacían polvo de estrellas, y cantaron a dúo la Rama de la Navidad. Pero de todo esto, deslumbrados como estaban por su propio despertar a la vida, ninguno de los dos adolescentes se acordaba.

Por su parte, ella tuvo noticia de la presencia del joven Armando una tarde en que volvía de misa rumbo al internado, que estaba separado del Instituto y se dividía en dos edificios, uno para hombres y otro para señoritas. A pesar de lo que se decía de él entre sus nuevas compañeras con respecto a su galanura y romanticismo, a Josefina en realidad no le había parecido tan apuesto, ni mucho menos la había impresionado con sus malos modos, así que decidió no darle más importancia de la que se merecía. Para la joven, su principal meta en la vida no eran los galanes, sino enfocarse de lleno en sus estudios. Finalmente, ese había sido el objetivo de su difunto padre al disponer que fuera matriculada en una institución de tan



Foto: Ángel Vega

alto prestigio, y para la cual, según las malas lenguas, su abolengo no estaba a la altura.

Unos días después de aquel reencuentro arrancaron los preparativos para el Carnaval, en los que se volcaba la ciudad entera y sus alrededores, previo a la inminente, férrea liturgia de la Cuaresma y Semana Mayor. Además de los desfiles ejecutados por las muchas comparsas en las que participaban la burguesía choca y el pueblo raso por igual, y cuyos dineros aportaban las principales casas comerciales, como Berreteaga y Compañía, Romano y Sucesores, Ripoll y asociados, la Southern Banana Corporation y la International Banana Food Company, entre otros, se tenía prevista la realización de lo que en ese histórico año de 1884 fue publicitado con gran pompa como “un evento magnífico y memorable”. En el clímax de la fiesta pagana de la carne, se efectuaría, en los astilleros del Playón de San Juan Bautista, la botadura del moderno barco de vapor al que bautizarían como “Francisco de Sentmanat”, en honor al oscuro prócer decapitado y héroe de la revolución federalista, extranjero cubano al que los ciudadanos tenían por benemérito. Y sería nada menos que la señorita Ángela Payró la elegida para estrellar una botella de Champaña en el casco de la nave, sacramento que sería acompañado con música de orquesta y fuegos artificiales, ya que “el barco que no prueba vino, prueba sangre”, de acuerdo a una antigua leyenda británica. Desde el principio, doña Mariquita Zapata de Correa se había asegurado de obtener lugares en la primera fila de la ceremonia, junto al gobernador, el alcalde y los empresarios navieros, para que el joven Armando pudiera atestiguar cómo su futura y rica prometida se congraciaba con los dioses del Grijalva, para la bienaventuranza de la embarcación.

Todo estaba previsto para las cinco de la tarde, cuando el calor

comenzaba a amainar, pero aún se disponía de suficiente luz solar. A esa hora, las barcas alegóricas ya habían atracado, y las distintas comparsas se amontonaban en el malecón, impacientes, desatada ya la romería de enmascarados, vendedores, tamborileros, cueteros y danzantes, todos esperando la salva de un solitario cañón de guerra que anunciaría el inicio del rito fluvial.

Entonces, súbitamente, y sin que ninguno de los dos lo previera, ocurrió aquella epifanía.

En el momento en que la comitiva de autoridades se abría paso entre la multitud para alcanzar el muelle del astillero, Armando vio a Josefina Pannier a la distancia de un tiro de piedra, descendiendo de la barcaza decorada como tortuga del pantanal. La distinguió de entre el resto de las muchachas debido a que, justo en ese instante, ella tuvo la inspiración de quitarse el antifaz de plumas: el cañonazo dejó sentir su estruendo bélico y el ambiente se saturó del olor a pólvora. Mas el muchacho cayó herido de muerte, no a causa de aquella bala, sino debido a un flechazo que le atravesó de lado a lado el corazón. Porque al mirarla así, cual si emergiera de las chocolatosas aguas del legendario río, supo que ninguna mujer en este mundo podía ser tan hermosa como Josefina, ni tampoco enarbolarse aquella elegancia, ese garbo y serenidad semejantes a los de una princesa, una aparición o una virgen. Todo en ella le parecía rodeado de un aura resplandeciente, y él se sentía brillar junto con ella, cual si fuera el elegido para atestiguar un milagro o un verdadero acontecimiento celestial. Entonces, el joven se recriminó por haberse comportado como un bruto, cegado por un orgullo tan estúpido que le había impedido ver a la muchacha como lo que en realidad era, y sería para él, desde entonces y para siempre: una auténtica diosa, como nacida de las aguas que fluyen de las montañas hasta unirse con el mar.

La madre, que estaba a su lado durante aquel súbito deslumbramiento, prendida del brazo cercano a su corazón, notó el pasmo de su joven hijo, y reaccionó dándole un codazo en las costillas con el que pretendió traerlo de vuelta a la realidad.

—Sosíégate. Tu futuro está en otra parte, sólo que aún no te das cuenta —le dijo en voz baja, disimulando el disgusto mientras sostenía la sonrisa y saludaba a invitados ilustres y dignatarios de la comarca.

Armando perdió de vista a Josefina durante toda la ceremonia, pero le fue imposible dejar de pensar en ella un solo instante. Con todo aquel vendaval que había tomado por asalto sus sentidos, observó, con unos ojos que ya no le pertenecían, cómo Ángela Payró estrellaba inútilmente la botella de Champaña sobre el casco del Sentmanat, una y otra vez, hasta que, frustrada y al borde del llanto, tuvo que recibir ayuda del primer oficial para consumir el bautismo de la nave. También creyó escuchar una nueva salva de aquel cañón proveniente de la época en que los piratas asolaban San Juan Bautista, y pensó que la imagen casi irreal del barco rodando sobre

troncos hasta el lecho del río Grijalva, entre olas que removieron la enorme flotilla de cayucos amarrados en el malecón, era producto de una fantasía.

Fue entonces que el joven, en un inverosímil lance de escapatoria, decidió levantarse de su silla y salir corriendo a buscar lo que creía era su verdadero destino, dejando a doña Mariquita a la deriva de su suerte.

De pronto, los fuegos artificiales iluminaron el cielo, y la orquesta, apostada en una tarima alumbrada por antorchas, tocó el vals “Sueño de Flores”, de Juventino Rosas. La multitud, vestigio viviente del viejo Tabasco colonial, integrada por criollos de toda ralea, ricos españoles, indios yokotanes, nahuas, popolucas, zoques, mayas, y también por jornaleros negros, pardos, chinos y mulatos, estalló en aplausos y genuinos gritos de alborozo. A partir de ese momento la fiesta continuó con tanta intensidad, que por momentos amenazaba con convertirse en una verdadera bacanal.

Cuando las aguas del Grijalva se calmaron y el vapor “Francisco de Sentmanat” partió rumbo a su primer viaje de ida y vuelta al puerto de Frontera, Josefina, que ya pretendía ir a resguardarse de esa última noche de locura dionisiaca, se encontró de frente con Armando. Él seguía disfrazado de soldado español, tan estrafalariamente que casi no lo reconoció. Al verla, se quedó parado en seco, y de inmediato se sacó el morrión, y se arrancó la barba falsa para que ella pudiera verle el rostro. No se le ocurrió otra cosa que hacerle a su diosa una reverencia exagerada, para no desentonar con el ánimo candente de las saturnales, con el casco en la mano izquierda y el bigote todavía colgándole de la comisura de los labios.

Ella, a su vez, estaba pasmada. Durante un par de segundos que Armando sintió eternos, Josefina lo miró haciendo gala de una seriedad que parecía el preludio de un desaire. Al momento, ambos sintieron que soplaban una especie de aire divino, como si una parvada de ángeles pasara aleteando sobre sus cabezas. De pronto, a ella le brotó una carcajada estridente que le salió de lo profundo del alma, porque aquel era el disfraz más gracioso que había visto esa noche de desenfreno, y la actitud de Armando, poco más que ridícula.

—Y qué, ¿se va usted a quedar ahí parado estorbándome el paso? —preguntó ella, tratando de recomponerse.

Armando no solo no le franqueó el paso, sino que además frunció el ceño al tiempo que daba un golpe en el suelo con el palo de la alabarda. La miraba fijo, desafiando el aire festivo y desenfadado de Josefina.

—Le cedo el paso, con una sola condición —soltó nerviosamente, alzando la voz para hacerse entender sobre la parranda generalizada.

—¿Y cuál será esta? —respondió ella, casi a gritos.

—Que me deje recitarle un poema, en honor a su abrumadora belleza

—contestó él, con determinación.

Josefina volvió a reírse, pero esta vez no en son de burla. Una girándula se encendió a lo lejos, aumentando aquel escándalo de campo

UJAT



Foto: Ángel Vega

también porque le pareció que en el fondo era un muchacho noble, pero abrumado por las exigencias de una madre obsesionada con el éxito social. Ella le contó, mientras pasaban frente al teatro Castaldi de la calle del Comercio, lo mucho que extrañaba las noches de ópera en los esporádicos viajes que realizaba al lado de su finado padre, en especial la Traviata de Verdi, que estaba basada en su novela favorita, La dama de las camelias, de Alejandro Dumas. Aquel libro le gustaba porque la trama resaltaba la inutilidad de los prejuicios sociales, mismos que ella sufría en carne propia, y el rechazo generalizado por aceptar a Margarita Gautier como pareja del joven Armando Duval, el coprotagonista. Josefina Pannier se identificaba con estos personajes de amoríos contrariados, aunque ella estaba muy lejos de tener inclinaciones licenciosas, ni mucho menos de querer escaparse a París, como la heroína de aquella ficción literaria.

de batalla. Ella tuvo que acercarse casi a su oído para hablar, como si fuera a hacerle una confidencia amorosa.

—Pues vale más que el poema sea bueno. La última vez que nos encontramos, ni el saludo me diste —dijo esta vez, tuteándolo, sin dejar de sonreír.

El poema no solo no era bueno, sino que además, a Armando le costó trabajo recordar los versos de su autoría debido al nerviosismo, y peor aún, recitarlos lo suficientemente alto y claro como para que ella pudiera entenderlos sin sobresaltos en medio de tanta bulla. Así que, en lugar de perder el tiempo en griteríos, y mientras la noche terminaba de caer a plomo sobre los rescoldos del carnaval, ambos decidieron dar un paseo de reconciliación por la Plaza de Armas y sus alrededores.

Mientras caminaban, él tuvo la oportunidad de disculparse por su actitud grosera de los encuentros casuales, y Josefina la aceptó de buen talante, no solamente porque Armando demostraba estar genuinamente arrepentido, sino

La charla se fue profundizando, hasta que, casi sin darse cuenta, terminaron frente al Café del Portal, lugar que tenía la escandalosa costumbre de anunciar sus espectáculos musicales como si fueran una incursión nocturna de corsarios, mediante descargas de fusilería que despertaban a toda la ciudad. Allí se detuvieron a beber una jícara de pozol e intercambiar impresiones y detalles sobre la reciente botadura del vapor “Francisco de Sentmanat”. A ella le hizo gracia la frustración de Ángela Payró al tratar de romper la botella de un fino De Luze & Fils, sin éxito, sobre el casco de la nave. Armando pensó en su madre, yendo sola y sin él, sobre aquel palacio flotante de doscientas toneladas de desplazamiento, empujado por una paleta de tres metros de diámetro, cuyas luces mortecinas se reflejaban sobre el espejo plano de las aguas oscurecidas, y el corazón junto con las tripas se le hicieron nudo. No sabía con exactitud la explicación que le daría a doña Mariquita cuando regresara de aquel viaje inaugural en el que era su deber de hijo acompañarla, pero lo único que se prometió



a sí mismo, fue nunca negarle que se había escapado absolutamente a propósito, para buscar a Josefina Pannier entre la multitud.

Cuando acabaron de beber el pozol tibio, perfumado por el cacao milenario sembrado directamente sobre las ignotas ruinas de Comalcalco, siguieron caminando juntos hasta llegar, sin proponérselo, a las puertas del estudio del prestigioso fotógrafo Manuel de la Flor. Como era día de fiesta todo mundo quería una foto vistiendo su disfraz de carnaval, así que el artista de la luz no se daba abasto. Pero en cuanto reconoció al joven Armando, de inmediato lo saludó, ofreciéndole sus servicios sin tener que perder el tiempo haciendo cola. Al principio el joven se negó, pero después el fotógrafo lo convenció con una frase expresada en el idioma de Armando: la poesía.

—Ande, anímese a un retrato con la damita. Nunca serán más bellos, tampoco más jóvenes, ni posiblemente más felices que en este instante —dijo mientras

ajustaba la lente.

Parecía una profecía. Sin decir nada, ambos se sentaron en un taburete, detrás del cual había un plató pintado a mano que semejaba un paisaje oriental. El disparo de magnesio los dejó viendo sombras de estrellas, y continuaron viéndolas incluso con los ojos cerrados hasta que decidieron abordar una carreta de troncos arrastrada por dos mulas rejegas, y regresar al Instituto subiendo por la loma del barrio de Esquipulas.

El carromato discurrió sobre el camino previamente andado por ellos a pie, aunque tuvo que detenerse varias veces y dar un par de rodeos para no pisar los cuerpos de los borrachos que habían sucumbido a la fiesta. Además, evitaron pasar cerca del Hospital Viejo, una sórdida construcción a la que mandaban a mal morir a enfermos incurables, tuberculosos, sífilíticos, leprosos y locos violentos...

Al llegar a la cima de la colina, el

UJAT

punto más elevado de San Juan Bautista enclavada en una planicie aluvial, Armando la ayudó a apearse, y antes de darse las buenas noches, se sentaron sobre una piedra a mirar la ciudad desde lejos.

En algún momento, ella pensó en los amores furtivos de sus propios padres muertos, pensó en su encuentro con Armando, pensó en las trampas del Destino y en su futuro incierto, mientras miraba el apacible afluente sobre el que se reflejaban las luces trémulas de San Juan Bautista, sumida aún en la zarabanda de su gente tropical. Y cuando la luna estaba a punto de llegar al cenit, con los ojos clavados en algún punto de aquel paisaje nocturno, Josefina exclamó al aire:

—Somos como barcas bogando el río de lo infinito.

Entonces Armando, que tenía sangre de pirata y corazón de poeta, supo, presa de una revelación, que aquella mujer estaba destinada a inscribirse en su sino con letras de fuego vivo, pues aquella metáfora describía a la perfección su pensamiento sobre los encuentros y desencuentros de la vida, y había estado tratando de abocetarlas en forma de versos durante sus noches de insomnio.

No volvieron a separarse ni un solo instante. A partir de entonces, Armando se declaró en un tenaz cortejo que durante un año no dio tregua a las amonestaciones de su madre, ni mucho menos a las críticas de sus hermanos mayores, maestros y superiores. Estaba en franca rebeldía, escribía decenas de poemas infatuados para su musa y varias veces tuvo que hacerle frente a doña Mariquita para impedir la expulsión de Josefina, la cual era la venganza más a la mano que podía aplicar la directora y madre, pero no la más inteligente. La mujer sabía que de esta forma, no lograría más que apretar con mayor fuerza el nudo de aquella relación, y desatar un escándalo.

Afuera, a nivel de calle, todo el mundo sabía que los jóvenes estaban enamorados, todo el mundo sabía que sostenían encuentros furtivos en los horarios y lugares más impensables, y

todo el mundo sabía, dado el temperamento subversivo de Armando y el carácter estricto de su madre, que aquel entuerto no iba a terminar bien.

Debido a eso, en la cúspide de su romance, los jóvenes habían resuelto escaparse juntos, y durante un mes planificaron la evasión a detalle. El itinerario no podía ser más novelesco: habían resuelto abordar un vapor que los llevaría al puerto de Frontera, para luego viajar a Yucatán. Posteriormente tomarían otra embarcación rumbo a Cuba, en tanto Armando conseguía el dinero suficiente para subirse a un transatlántico y alcanzar su destino final: la ciudad de París. El joven pensaba financiar la primera parte de su aventura gastando algunos ahorros, pidiendo dinero prestado a sus camaradas pudientes y sobre todo, con la venta furtiva de algunas joyas, herencia de su padre. Posteriormente, ya en Europa, contraería nupcias con Josefina Pannier, trabajaría para sobrevivir, y permanecería en el exilio hasta lograr el perdón de su madre, quien ante los hechos consumados, no tendría más remedio que aceptar a la joven como su nuera, y apoyarlos para legitimar la relación ante la sociedad criolla.

La fuga estaba prevista para las 6 de la tarde; lo que no estaba previsto por nadie, era que doña Mariquita, haciendo gala de sus dotes, no de vidente y médium, sino de la simple y llana intuición de madre, lograra discernir el plan de los enamorados, e impedir su consumación. Quiso la mala suerte, además, que la venta de las joyas, entre ellas un vistoso anillo de oro para imprimir sellos con la heráldica de la familia —pues se suponía que Armando se convertiría algún día en abogado o notario— llegara a oídos de la mujer, por medio de un telegrama.

Era el acuse de la transacción enviado por un conocido joyero, en el cual le indicaba a Armando que los recursos producto de la compra venta se encontraban ya disponibles en el Banco propiedad de don Policarpio Valenzuela y sus socios, a su nombre, y que podía disponer de ellos cuando quisiera. La oficina del Telégrafo estaba a un lado de la casa de doña Mariquita, y el telegrafista, antiguo amigo de la familia, resolvió que era más fácil enviar el telegrama al joven Armando por intermediación de su madre, que esperar a que él lo pasara a recoger.

Aquello desató un cisma familiar. Ofuscada por la doble revelación —la venta subrepticia de las joyas del padre y el oscuro objetivo de la misma— a doña Mariquita le dieron ganas de hacer algo que nunca había hecho: bajarle los pantalones a su hijo y despellejarle las nalgas a varazos. Empero, su formación humanista y su corazón de mujer y madre, lograron cortar la intención en el camino. El arrepentimiento no impidió que la matriarca, lejos de encarar a Armando, enfocara toda su artillería en contra de quien, para ella, era la verdadera raíz del problema: Josefina Pannier.

Hecha una furia, la adusta mujer entró al Instituto Ocampo dando un portazo, subió los escalones del salón principal, atravesó el enorme corredor de las aulas generales, el laboratorio de química, la sala de música y hasta la cocina, y se enfiló por la parte de atrás rumbo los dormitorios para señoritas.

Encontró a Josefina Pannier sentada frente a su escritorio, de espaldas a la puerta, en actitud de estudio. En cuanto la escuchó entrar, la joven se levantó de un salto, y al ver que el rostro de la directora estaba descompuesto por la ira, el saludo se le quedó trabado en la mandíbula.

—No entiendo, niña, cómo es que insistes desposarte con mi hijo. ¿No ves que tú no eres hija de matrimonio? —sentenció con su voz grave de contralto, misma que

escucharon la mayoría de las internas que a esa hora se esmeraban en memorizar sus lecciones.

Luego, doña Mariquita abandonó de la habitación y se dirigió rumbo a los dormitorios para hombres.

Hasta aquí, las crónicas de la época, los periódicos y las narraciones que de voz en voz han sobrevivido hasta nuestros días, incluyendo las de la maledicencia choca, difieren en sus múltiples versiones sobre la tragedia.

Algunas especulan que, aquello que doña Mariquita escuchó en medio de la sesión espiritista de esa noche, en la forma de una supuesta voz de ultratumba, no había sido otra cosa que un alarido lejano, proveniente del ala para varones del Instituto, y la frase “Las cámaras fotográficas y los revólveres son los únicos objetos mundanos capaces de detener el tiempo”, era la trémula voz de Armando, que la recriminaba desde la penumbra.

El periódico El Disidente, en su edición del 28 de febrero de 1884, un día después de los hechos, refiere lo siguiente en su nota titulada “Desposada con la muerte”:

“El enigma absoluto envuelve el fallecimiento de la joven huérfana. Los gendarmes encontraron el cuerpo yerto de Josefina Pannier, de 17 años, recostado al pie del lecho de Armando Correa, en la sección para varones del internado Melchor Ocampo de esta ciudad de San Juan Bautista, al filo de la media noche. Llevaba puesto un vestido blanco bordado y unas zapatillas de raso. Un hilo de sangre escarlata escurría desde el pecho de la joven, deslizándose discretamente por su costado derecho, y formaba un pequeño charco bajo su espalda. Llevaba suelto el largo y ensortijado cabello castaño que la caracterizaba, y una expresión de paz en el rostro de estatua, cuya piel tenía el color del alabastro. “Testigos y curiosos afirman que, el de la Pannier, es el cadáver más bello que se haya visto jamás por estas tierras.

“Tirado junto al cuerpo, estaba un revólver posiblemente español, de manufactura desconocida, de seis tiros con cachá de marfil, calibre 32; dentro de la recámara había un cartucho del mismo tamaño, percutido. Dos balas más se hallaron en la mano izquierda de la difunta: éstas tenían la punta de plata. Se presume que el revólver es propiedad del joven Armando Correa, o de su madre, doña Mariquita Zapata de Correa, quien lo habría adquirido en Europa como parte de un lote de utensilios y enseres relacionados con la práctica del espiritismo. En una declaración posterior, la señora admitió ser propietaria del arma, aunque no supo explicarle a la Policía cómo había podido llegar ese revólver a las manos de Josefina Pannier.

“La noche del 27 de febrero, mientras la muchacha, aparentemente,



Foto: Ángel Vega

se quitaba la vida al pie del lecho del joven Armando Correa de un certero disparo en el corazón, este se encontraba durmiendo, supuestamente afligido por no haber logrado consumar la escapatoria junto a su novia, misma que estaba programada para esa misma tarde, y que había sido frustrada por el exabrupto de doña Mariquita. En tanto, la madre de Armando, al filo de la media noche y como ya es costumbre en ella, realizaba una sesión espiritista en su casa ubicada en la calle Lerdo de Tejada, justo a un lado de la oficina del Telégrafo. Se encontraba acompañada de prominentes personajes de la sociedad tabasqueña, quienes prefirieron omitir su identidad para los fines de esta nota periodística.

“Al parecer, los relámpagos de la inusual tormenta (muy rara, para ser el mes de febrero) habían enmascarado el disparo del arma que le quitó la vida a la doncella Josefina Pannier. Solamente el joven Armando pudo escucharlo, quien de inmediato y presa del dolor al ver lo que ella había hecho, profirió un grito desgarrador por la pérdida de su amada. De esto, da cuenta otro testigo que se

encontraba en la habitación, el estudiante Pedro L. Greene, quien será pieza clave para desestimar las sospechas de asesinato o pacto suicida fallido.

“Una vez alertados los gendarmes, encontraron al joven Armando Correa con el cuerpo de Josefina entre sus brazos. Al pedirle una explicación sobre los hechos, este se apartó y huyó corriendo al encuentro de su madre, quien estaba oficiando la citada sesión.

“El muchacho, llevaba consigo una carta póstuma de Josefina, así como una fotografía de los dos, tomada un año antes en el estudio de Manuel de la Flor durante los días del carnaval. La entregó a modo de reclamo para su madre, no se sabe si por haberles impedido la escapatoria, frustrado el pacto suicida, o por tramar y ejecutar una conspiración de muerte. En la fotografía a ambos se les veía radiantes, jóvenes y felices, como nunca volverían a serlo jamás.

“Más tarde, este diario conoció la versión de aquella carta, misma que transcribimos íntegra:

“Armando, mi amor, mi poeta: La muerte es torrente de oscuridades, río de sombras, y el amor es el oleaje de lo inconmensurable en el que la tristeza y la dicha se bañan desnudas. Pese a mi partida, lo nuestro no morirá jamás. Será siempre immaculado, níveo. El pasado agoniza justo en la víspera de un nosotros... viviremos por siempre en tus letras. Al leerlas, otros nos vivirán. Otros como los que han vivido, amado y muerto antes que tú y que yo, en este reducto de un Paraíso olvidado por Dios, que ha sido nuestro hogar. Como tú mismo lo escribiste, cuando te referías a mi rancio abolengo, a mi desarraigo, a mi condición de hija natural de un invasor derrotado: «Provienes, tenue mujer, del polvo de sonrisas marchitas, de caricias errantes». Entonces, no temas, mi amor.

Porque en sólo uno de nuestros besos, caben todos los besos que se han dado y se darán, en este o en el Otro Mundo. Tuya... Josefina”.

Corre la versión de que doña Mariquita, efectivamente, leyó la carta, presa del sobrecogimiento, el dolor ante un amor sublime que no supo entender, y que fue cruelmente interrumpido por la tragedia.”

Josefina Pannier fue enterrada en el panteón Central de San Juan Bautista, y contra la costumbre, no fue inhumada en la zona reservada para suicidas, traidores y desconocidos. Armando no estuvo presente en el sepelio. Se dice que fue enviado de urgencia a Nueva Orléans por su madre, para tratar de distraer la pena y alejarlo de las especulaciones del pueblo. El Instituto Ocampo, desde entonces, se fue a pique, y no volvió a resurgir hasta que quedó convertido en una escuelita de medio pelo en la que estudiaban los hijos de criollos y peninsulares pobres.

Algunos de los poemas dejados por el joven Armando en el exilio, consignan su agonía. La última vez que visitó su ciudad natal, convertido en un anciano y ya cerca de su muerte, presa de sus nostalgias, escribió:

“El olor a pólvora de arcabuz... la marisma de sal y sangre. El verde vaho de una fragua arenosa; el fluir de un canto entre dos orillas; un mar, un río vitrificado. Eso, es el tiempo acrisolado en San Juan Bautista.”

